



ROBERTO RICCIUTI

“ CARMEN MARIA MACHADO

LA MAYOR PARTE DEL MALTRATO DOMÉSTICO ES LEGAL

Carmen Maria Machado escribe sobre su relación tóxica y el silencio archivístico en torno al maltrato en las parejas de lesbianas en ‘En la casa de los sueños’, mitad memorias, mitad ensayo

POR LETICIA BLANCO BARCELONA

— A PRIMERA relación sentimental que Carmen Maria Machado tuvo con una mujer acabó en desastre. Empezó como una historia de amor volcánica. Ella era lo contrario que Machado en casi todos los aspectos: rubia, pequeña, andrógina y delgada, de clase alta y estudiante de Harvard. Hablaba francés con fluidez y había vivido en Nueva York. Era, en definitiva, «más viajada y sabia» que Machado, por entonces una aspirante a escritora, hija de cubano y criada en los suburbios de Philadelphia con una infancia mucho menos sofisticada, marcada por la religión y los problemas de sobrepeso. «Todos aquellos factores te pusieron el cerebro patas arriba y te hicieron el coño gaseosa», recuerda la escritora sobre su enamoramiento en *En*

la casa de los sueños (Anagrama), unas memorias donde cuenta cómo el enganche y la nube de felicidad dieron paso a los celos, los desplantes y las discusiones por cualquier tontería. Los primeros ataques de rabia no tardaron en llegar. Luego vino la paranoia, la obsesión de su ex por controlarla, los intentos de anularla y finalmente el maltrato, también físico. La historia de Machado sería una más que añadir a todas las que existen sobre relaciones tóxicas, si no fuera porque es de las pocas que se han escrito sobre el maltrato dentro de una relación lésbica. El suyo es un testimonio que no tiene que ver con el relato clásico de machismo, es el de una mujer abusando de otra a todos los niveles. ¿Por qué

apenas se cuentan historias como la suya? «Las mujeres gays siempre han sido mucho más invisibles que los hombres gays. Históricamente no se las ha comprendido. La gente no entendía cómo lo hacían para tener sexo. Y no hay que olvidar el sexismo», explica la escritora, para la que contar su experiencia fue «doloroso y difícil». «No fue catártico y no me ayudó. No volvería a hacerlo. Fue un intento de expulsar lo que sucedió de mi sistema», confiesa.

Machado tardó mucho en identificar que el comportamiento de su ex podía considerarse maltrato. Algo que relaciona con la falta de información y la ausencia de testimonios *queer* en general, «huecos que hacen imposible que uno se dé contexto». Unas lagunas que perpetúan el silencio sobre el tema y que tienen que ver con lo que se guarda (o no) para la posteridad en los archivos, qué entra y qué se deja fuera. La palabra «archivo», recuerda Machado citando a Derrida, viene del griego antiguo *arjion* y significa «la casa del vencedor».

En la casa de los sueños tiene algo de cuento

gótico. Machado es una escritora superdotada en lo estilístico y se permite el lujo de desplegar las convenciones de muchos géneros (del relato de terror al de iniciación, pasando por los libros de *Elige tu propia aventura* o lo erótico) para montar y desmontar los clichés, tanto los literarios como los de su historia personal. La novela es también un brillante ensayo sobre cómo el cine ha configurado la imagen de la mujer lunática (de *Luz de gas* a *Rebecca*) y cómo la cultura popular ha moldeado una imagen de

“ LAS LESBIANAS SIEMPRE HAN SIDO MÁS INVISIBLES QUE LOS HOMBRES GAYS”

la mujer maltratada (sumisa, hetero, blanca) que deja a la intemperie a todo lo que no encaja dentro de ese estereotipo.

A esa ausencia de referentes hay que sumarle otro tabú: lo que Machado describe como «la política de respetabilidad de lo homosexual» que hace que todas las historias sobre lo *queer* estén casi siempre teñidas de positividad. «Es la idea de que para ganarte

tus derechos tienes que ser extrabueno, moralmente superior a los demás, cuando en el fondo te mereces los mismos derechos que cualquier otra persona. También pasa con la discapacidad. ¿Son todas las lesbianas y todas las personas con discapacidad buenas? Esa no es la verdad y presentarlas así es negar todo su potencial», reflexiona.

«La mayor parte de los maltratos domésticos son completamente legales», apunta Machado. Los que acaban saliendo a la luz (los casos que aparecen en los medios o que llegan a los tribunales) siempre son la parte más escabrosa y brutal del maltrato. Pero esos casos son una minoría, apunta la escritora. «Hay un montón de comportamientos horribles que se dan en el seno de una relación o en el trabajo que son perfectamente legales», denuncia. ¿Qué hacer para cambiar esas dinámicas? «No soy muy optimista, la policía es corrupta y la justicia ofrece cobertura hasta cierto punto. La única manera de cambiar las cosas es hablándolas: tiene que haber una conversación sobre esos temas, ser parte de la educación. Hablar de ello, por muy negativa que haya sido tu experiencia, es la única manera de empezar a imaginar otro entorno donde eso no suceda».

Cuando era una niña, los padres de Machado solían decirle que era «melodramática» y una «*drama queen*», dos expresiones que ahora

reivindica. «Después de todo, melodrama viene de *melos*, que quiere decir música y miel; y una *drama queen* no deja de ser una reina», escribe. «Mi padre es cubano y crecí en un ambiente en el que la familia lo era todo», explica, «pero tomé la decisión de vivir la vida que quería muy pronto. Decidí que no iba a ser prisionera de mi familia, ni de la iglesia ni de otra persona», concluye.